

# LOS CUERPOS DEL DICTADOR Y SU MEMORIA MARTIRIAL EN EUROPA, 1945-2024

Xosé M. Núñez Seixas

La aprobación de la Ley de Memoria Democrática en las Cortes en julio de 2022, apoyada por la izquierda y los nacionalistas subestatales, y repudiada por la derecha conservadora y radical, así como denostada por razones opuestas por una parte del movimiento memorialista, parece vaticinar un próximo fin de la excepcionalidad española —real o supuesta— en lo relativo al ajuste de cuentas con el pasado dictatorial. Esto también supone acabar con anomalías como la continuidad del Valle de los Caídos, y tendrían culminación los esfuerzos desplegados desde julio de 2019, cuando la Abogacía del Estado presentó una demanda judicial contra los descendientes de Francisco Franco para reivindicar la conversión en dominio público de la residencia privada del dictador desde 1938, el *pazo* de Meirás (Sada, A Coruña), iniciándose así un proceso legal todavía en vías de resolución. Pocos meses después, el Gobierno presidido por el socialista Pedro Sánchez decretó también el traslado de los restos mortales de Franco desde el Valle de los Caídos al panteón familiar situado en el cementerio estatal de Mingorrubio (El Pardo, Madrid), y se prevé someter a debate y concurso de ideas la reconversión del Valle en un lugar de memoria donde se ofrezca una perspectiva crítica del franquismo y respetuosa con sus víctimas y con las personas allí sepultadas.<sup>1</sup>

Es aún pronto para afirmar que con esos pasos ha concluido la *excepcionalidad* española en materia de políticas de la memoria del pasado incómodo. Se trata de un proceso sujeto a fuertes vaivenes en función de los cambios de mayorías parlamentarias y del color político de los gobiernos; una parte de su aplicación depende, además, de consistorios municipales y gobiernos autonómicos detentados por partidos de derecha opuestos o reacios a la puesta en práctica de las medidas recogidas en la Ley de Memoria Democrática, como se ha manifestado en los casos de Aragón y la Comunidad Valenciana desde mayo de 2023. No existe, además, un consenso mínimo sobre

<sup>1</sup> Para una panorámica reciente, Xosé M. Núñez Seixas, “Un valle, un palazzo, un *caudillo*: Sui luoghi della memoria del franchismo nella Spagna del XXI secolo”, en Giulia Albanese y Lucia Ceci (eds.), *I luoghi del fascismo. Memoria, politica, rimozione*, Viella, Roma, 2022, pp. 293-310.

los contenidos de esa memoria democrática por parte de la derecha mayoritaria, que rechaza la que denomina despectivamente “memoria histórica” y a menudo reivindica, al menos la derecha radical, su propia memoria histórica “alternativa”, que insiste en repartir las responsabilidades de la guerra civil de 1936-1939, presentar la II.<sup>a</sup> República como un período inestable y autoritario, y endulzar, cuando no blanquear, el período de la dictadura franquista.<sup>2</sup>

No obstante, no todo es excepcionalidad hispánica, aunque siga habiendo voces que insistan en ella a partir de una visión idílica y poco informada del panorama europeo de políticas de la memoria y del olvido. Cada país y cada sociedad ha seguido sus propios pasos en la adopción de una política pública de la memoria crítica con el pasado dictatorial reciente, y a menudo esos procesos se han caracterizado por la combinación de avances y retrocesos, olvidos más o menos selectivos y silencios interesados. En lo referente a la gestión de lugares de memoria genéricamente similares al Valle de los Caídos y el Pazo de Meirás, cabe recordar además que la problemática (in)digestión de los lugares de (des)memoria vinculados de modo íntimo a la biografía del dictador no es un fenómeno exclusivamente español. Por el contrario, en la mayoría de las democracias que sucedieron a los regímenes totalitarios y autoritarios en Europa occidental después de 1945, y que fueron completadas —siguiendo la tipología de Samuel P. Huntington<sup>3</sup>— por la “tercera ola” de la democratización, iniciada en la Europa meridional en 1974, continuada en América del Sur, y culminada en Europa centro-oriental, se registraron abundantes incertidumbres, resistencias y dilemas. Así se puede apreciar en la comparación de la gestión memorial del cuerpo de los dictadores, y en particular en la asociación entre su carisma, su remembranza, y la elaboración póstuma de un culto martirial que los presentaba como víctimas, y no como perpetradores. En este artículo se pretende ofrecer una panorámica europea de las distintas experiencias de gestión de la memoria incómoda de los cuerpos del dictador, a menudo venerados por sus nostálgicos y partidarios como auténticas reliquias laicas, en un proceso de politización de la religión que tiene mucho de transferencia de sacralidad.<sup>4</sup>

## 1. LOS DOS CUERPOS DEL DICTADOR

Se utilizan aquí los conceptos dictadura y dictador en un sentido flexible. Dictadura es una forma de gobierno en la que la capacidad de decisión, y por tanto el poder absoluto, se concentraba en las manos de una sola persona, de un líder, o a lo sumo de un pequeño grupo de personas, civiles o militares. Su ejercicio del poder puede ser arbitrario y no respeta normas legales heredadas, aunque con el tiempo se institucionaliza y establece su propia legitimidad. No hay elecciones competitivas, el pluralismo político

<sup>2</sup> Para una perspectiva crítica sobre las visiones históricas de la derecha radical, Jesús Casquete (ed.), *Vox frente a la historia*, Akal, Madrid, 2023.

<sup>3</sup> Samuel P. Huntington, *La tercera ola: la democratización a finales del siglo xx*, Paidós, Barcelona, 1994.

<sup>4</sup> En aras de la brevedad, remitimos aquí a nuestro ensayo *Guardidas del lobo. Memorias de la Europa autoritaria, 1945-2020*, Crítica, Barcelona, 2021, también publicado con algunos cambios como *Sites of the Dictators. Memories of Authoritarian Europe, 1945-2020*, Routledge, Londres, 2021. En ambos se pueden hallar más detalles factuales y referencias bibliográficas y de fuentes específicas.

es inexistente o limitado, y también lo es la movilización de la sociedad civil. Solo desde arriba, a través de partidos únicos y organizaciones dependientes de la cúspide del poder, puede tener lugar una movilización de las masas para refrendar o acompañar las orientaciones emanadas desde el vértice de la autoridad del Estado.

A diferencia de los gobiernos o regímenes caudillistas, así como de los diversos bonapartismos y autoritarismos militares decimonónicos, las dictaduras del siglo xx pretendían uniformar a medio plazo al conjunto del cuerpo social, mediante un partido único más o menos articulado, una cosmovisión definida y un corpus ideológico que les servía de inspiración. A su frente estaba un líder cuya legitimación provenía del carisma. Según la clásica tipología establecida por Juan J. Linz, las dictaduras autoritarias otorgaban menos peso a la ideología, no controlaban del todo a las fuerzas armadas, la economía o la opinión pública, y toleraban la existencia de un pluralismo político limitado. Por el contrario, los regímenes totalitarios, al menos a medio plazo, no permitirían la coexistencia en su seno de esferas autónomas de poder, del ejército a las iglesias, y aspirarían a una ingeniería social de alcance integral: una utopía en la que la sociedad sería moldeada según un claro patrón ideológico.<sup>5</sup> Dentro del concepto, por tanto, cabrían desde las dictaduras militares más o menos temporales, con suspensión de derechos constitucionales, hasta las basadas en un partido único y un proyecto ideológico de nuevo cuño, pasando por las autocracias paternalistas y caracterizadas por la preeminencia del poder ejecutivo, dentro de un sistema político formalmente democrático. A menudo, una dictadura puede evolucionar de un tipo a otro.

Figura esencial en toda dictadura es, huelga afirmarlo, el dictador. El dictador en masculino, pues todos eran hombres. La persona en la cúspide del poder que no tenía que dar explicaciones de su actuación y de sus decisiones a ninguna instancia superior, aunque algunos de ellos, como Benito Mussolini o António de Oliveira Salazar, coexistieron con figuras tradicionales heredadas del régimen anterior, fuesen monarcas o presidentes de la República, que conservaban una función meramente representativa sin incidir de forma decisiva en la acción de gobierno. La fuente de legitimidad de la autoridad del dictador en vida es el carisma. Según la clásica definición de Max Weber, el carisma es una legitimación del poder ni burocrática ni tradicional, y que establece que a una persona se le presupone investida de cualidades sobrehumanas y/o excepcionales. Podían expresarse tanto a través del poder “hipnótico” por parte de un individuo determinado para generar adhesión incondicional entre sus seguidores, como mediante la capacidad de una persona concreta para establecer una relación particular con las fuentes de legitimidad y autoridad. El carisma de un individuo puede ligarse a la función que desempeña, o a su capacidad privilegiada para establecer una relación excepcional con sus fieles. Pero, para perdurar y consolidarse, todo poder carismático acaba siempre por recurrir a una rutinización (burocrática) y/o del recurso a la legitimación tradicional, sea la patria, la religión o el vínculo con el pasado.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Juan J. Linz, *Obras escogidas. Sistemas totalitarios y regímenes autoritarios*, vol. 3, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2010.

<sup>6</sup> Max Weber, *Economía y sociedad. Esbozo de sociología comprensiva*, Fondo de Cultura Económica, México DF / Madrid, 2002 [1922], pp. 193-204.

Si el carisma es un elemento fundamental del poder del dictador, en vida, ¿qué sucede con ese carisma tras la muerte del autócrata? El cuerpo de la mayoría de los dictadores heredó la función del cuerpo del soberano en el Antiguo Régimen: el “doble cuerpo del rey”, el físico y el simbólico, representando el derecho a gobernar y la soberanía, cuya herencia se transmitía a su sucesor y garantizaba la continuidad de la comunidad política.<sup>7</sup> El ritual funerario de la dinastía de los Habsburgo, cada vez que un monarca o príncipe difunto ingresaban en el panteón de la Cripta de los Capuchinos de Viena, destacaba esa cualidad: solo cuando el edecán anunciaba que solicitaba su ingreso en la cripta un «humilde pecador», y no alguien con pomposos títulos, era admitido en el panteón. El pasado regio es siempre colectivo.

El abrupto fin de los grandes imperios premodernos y, en especial, la revolución rusa de 1917, introdujeron un nuevo modelo de culto fúnebre al jefe del Estado. El primero fue, sin duda, Vladímir I. Lenin, cuando falleció en enero de 1924; el segundo, el doctor Sun Yat-sen, efímero presidente de la República china fundada a fines de 1911, quien falleció un año después que Lenin. Sin duda, el mandatario chino no era un dictador, mientras que Lenin instauró una dictadura del proletariado, reflexionó sobre lo que suponía el régimen dictatorial y lo consideró necesario para implantar el socialismo, y durante su mandato se conformaron varios de los mecanismos represivos y totalitarios del posterior régimen estalinista. Con todo, a diferencia de su sucesor, Lenin ejerció el poder de forma colegiada, e intentó ser un *primus inter pares*. Los decesos de Lenin y Sun Yat-sen, sus funerales de Estado y el culto fúnebre inaugurado a sus figuras, con el fin de inmortalizarlas, señalaron de modo visible la ruptura con el viejo mundo dinástico. También ellos dispondrían de un túmulo propio, símbolo de una nueva legitimidad política que acababa con el monopolio dinástico de las tumbas regias. Así se aprecia con claridad en el caso de Lenin. A la noche siguiente de su muerte, el Gobierno soviético resolvió embalsamar el cadáver; también encargó a un arquitecto de renombre la erección de un mausoleo para albergar los restos del fundador de la URSS. Inaugurado el 7 de noviembre de 1930, en el interior del mausoleo cúbico, que transmitía un significado laico, se expondría para la posteridad el cuerpo del padre de la revolución de octubre como símbolo de su carácter eterno. En los años siguientes, no obstante, el culto a Lenin seguiría muchas de las pautas tradicionales que habían guiado la adoración de los santos ortodoxos y los zares.

Aunque no revestido de significado martirial, el ejemplo del culto póstumo al fundador de la URSS asentó una pauta que se repetiría en las décadas siguientes, aunque con distintos matices. El cuerpo del autócrata moderno era depositario de una sacralización transferida y secularizada, que podía abarcar desde cualidades taumatúrgicas hasta la capacidad atribuida a sus imágenes de llevar suerte a un hogar, evitar desgracias y proteger a sus miembros. Se trataba de un carisma propio, ungido de poderes extraordinarios, que siguió ejerciendo su sombra, a veces durante décadas, sobre las opiniones públicas, las mentalidades sociales y las políticas de la memoria de las democracias que le sucedieron. Esa transferencia era posible dentro de marcos culturales y sociales concretos, en

<sup>7</sup> Emil Kantorowicz, *Los dos cuerpos del rey. Un estudio de teología política medieval*, Alianza, Madrid, 1985 [1957].

los que el carisma de los autócratas establecía una interacción fluida y duradera con los «centros activos» del orden social. En definitiva, el “genio” o carisma del líder o dictador también depende de la medida en que sus seguidores pueden atribuirle esa cualidad excepcional, y están dispuestos a ello dentro de sus patrones de comportamiento cultural.

Los reyes, los presidentes de Gobierno o los Jefes de Estado democráticos vinculan su carisma a la continuidad de una función y una posición institucional. Los *caudillos* militares latinoamericanos del siglo XIX acostumbraban a prescindir del carisma, si bien algunos generales europeos y americanos, como Baldomero Espartero, desarrollaron un culto a la personalidad propio e irrepetible.<sup>8</sup> Sin embargo, los dictadores del siglo XX, más allá de los caudillos militares anteriores, acostumbran a ser vistos como personas únicas, excepcionales. Por ello, la continuidad del poder de los autócratas depende ante todo y sobre todo del brillo de su carisma. Pero esas cualidades son asimismo el resultado consciente de un proceso de construcción desde arriba, de una atribución a su liderazgo de características excepcionales, acordes con el contexto cultural y social en que ejercen su dominio. Se trató además de un culto moderno a la personalidad, forjado en y para una sociedad de masas, cuya fuente de legitimación era la soberanía nacional, el contacto directo con el *pueblo*, y convenientemente rutinizado a través de la difusión masiva de imágenes y lemas, gracias al control de los medios de comunicación. La atribución póstuma del carisma al dictador se ve favorecida o reforzada por las circunstancias en que tuvo lugar su óbito: asesinato, exilio, ajusticiamiento por el enemigo y un largo etcétera. Y, finalmente, también se puede ver reforzada por la asociación entre carisma y nacionalismo: si el autócrata encarnaba además la fundación de un Estado independiente, la culminación de una reivindicación nacional largo tiempo anhelada, su figura se revestía del fulgor adicional que proveía la nación como religión política. El dictador se transformaba así en un padre fundador, o restaurador, de la patria, categoría que para las generaciones venideras transformaría a más de un autócrata e incluso tirano en héroe nacional, lo que enlazaba con la tradición del culto al cuerpo del héroe nacional del siglo XIX.<sup>9</sup>

El cuerpo del dictador podía dejar tras su muerte un poso más o menos duradero en la memoria popular. Pero siempre se vinculaba de forma especial a algunos espacios específicos: el lugar en que vio la primera luz, las residencias privadas donde habitó, o el recinto en que reposan sus despojos, su tumba o mausoleo. En ocasiones, también el lugar concreto en que falleció, sobre todo si su muerte fue violenta, lo que añadiría un carácter aún más sacralizado a su recuerdo: el carisma se revestía de heroísmo y carácter martirial, como punto final de una suerte de vía crucis por la patria.<sup>10</sup>

<sup>8</sup> Adrian Shubert, *Espartero, el Pacificador*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2018. David A. Bell, *Men on Horseback. The Power of Charisma in the Age of Revolution*, Farrar, Straus and Giroux, Nueva York, 2020. Sobre el carisma de los dictadores decimonónicos, también Moisés Prieto, *Narratives of Dictatorship in the Age of Revolution. Emotions, Power, and Legitimacy in the Atlantic Space*, Routledge, Londres, 2023.

<sup>9</sup> Lucy Riall, *Garibaldi: Invention of a Hero*, Yale University Press, New Haven, 2007.

<sup>10</sup> Michael Naumann, *Strukturwandel des Heroismus. Vom sakralen zum revolutionären Heldenentum*, Athenäum, Königstein, 1984, así como Ludger Mees (ed.), *Héroes y villanos de la patria*, Tecnos, Madrid, 2021.

## 2. LUGARES DE MEMORIA, LUGARES DE DICTADOR

Según la canónica definición de Pierre Nora, son lugares de memoria todo tipo de entes tangibles e intangibles, sean espacios físicos, conceptos —incluyendo expresiones o términos—, prácticas y objetos que, por deseo de actores concretos y representativos de una comunidad, se convierten con el paso del tiempo en un elemento simbólico para ese colectivo o comunidad determinada. Sirven además de puente entre la memoria, interpretación compartida del pasado siempre difusa y cambiante, y la historia, reconstrucción crítica del mismo en momentos determinados: la primera conmemora; la segunda problematiza, pero no necesariamente canoniza.<sup>11</sup> Los significados atribuidos a esos lugares de memoria no son inmutables, sino que pueden experimentar grandes variaciones a lo largo del tiempo; tampoco surgen de un poso inmanente de memoria popular (o nacional), sino que han sido el resultado de una elaboración consciente por parte de actores concretos.

La interacción con su espacio social determina igualmente los cambiantes significados de los lugares de memoria. Un monumento desprovisto de ceremonias, textos explicativos o interacción contextual puede no decir nada a las generaciones posteriores; la forma de mirarlo varía según la época, y tras dos generaciones puede pasar de la veneración a la indiferencia. Aleida Assmann ha propuesto así el término de “espacios memoriales”, definidos por la interacción con los actores sociales y las instituciones a través de ritos y discursos. En ellos se condensaría una narrativa pública acerca de la memoria colectiva, difundida desde el Estado y las instituciones. Una *memoria cultural* que no se impone por sí sola, sino que convive e interacciona con una *memoria comunicativa*, transmitida por la sociedad civil, tanto en el ámbito semipúblico como en el privado y familiar.<sup>12</sup>

Dentro de esos espacios del recuerdo, los recintos memoriales que recuerdan pasados traumáticos recientes adquieren especial relieve desde las dos grandes contiendas mundiales del siglo xx. Los conflictos y sus secuelas de muerte y destrucción masiva, por un lado; y las dictaduras y sus vulneraciones de los derechos humanos, sus víctimas y sus proyectos totalitarios o autoritarios, por otro, son dimensiones que han adquirido una especial relevancia en la significación de lugares de memoria específicos. Sin duda, sucesos traumáticos como el Holocausto de los judíos europeos, las guerras civiles y las represiones masivas han contribuido de forma decisiva, desde la década de 1960, a conformar lugares y espacios de remembranza específicos en Europa, al igual que en otros continentes.

El sujeto preferente de esa atribución de significado ha sido ruinas y cementerios de guerra; cárceles, campos de concentración y sitios de ejecución y fosas comunes. Empero, son varias las dictaduras que también han legado a la posteridad otro tipo de espacios cuya gestión es problemática: obras megalómanas, monumentos conmemorativos de sus héroes, obras civiles y diseños urbanísticos, nombres de calles, plazas y poblaciones, que evocaban a los mártires de las etapas iniciales, a los hechos glorio-

<sup>11</sup> Pierre Nora (dir.), *Les lieux de mémoire. La République*, vol. 1, Gallimard, París, 1984, pp. 15-21, 23-43.

<sup>12</sup> Aleida Assmann, *Erinnerungsräume: Formen und Wandlungen des kulturellen Gedächtnisses*, Beck, Munich, 1999.

sos de una dictadura, y que a menudo seguían modelos anteriores de *necropolítica*,<sup>13</sup> confiriéndoles ahora nuevos significados. Era el caso, por ejemplo, de la frecuente resignificación por parte de las dictaduras de entreguerras de los memoriales a los caídos de la Gran Guerra de 1914-1918.

Tras la quiebra de sus regímenes, las estatuas de los dictadores fueron retiradas de sus pedestales; calles, plazas y ciudades fueron rebautizadas. De la gran mayoría de los edificios oficiales se retiraron los símbolos más representativos o evidentes de esas épocas, aunque a veces siguieron en pie murales, representaciones alegóricas o estatuas ahora desprovistas de contexto. Sin duda, en algunos países ese proceso ha sido más rápido y sistemático que en otros, dependiendo del tipo de tránsito de la dictadura a la democracia. Sin embargo, las casas natales de los autócratas, así como sus tumbas y mausoleos y sus residencias particulares fueron frecuentes excepciones a la norma. Eran lugares donde el fantasma del dictador proyectaba su sombra sobre el presente, pues en ellos cristalizaba además la intersección entre dos dimensiones esenciales del poder de los dictadores. Por un lado, su esfera íntima. Su faceta de personas corrientes, surgidas de las entrañas de la comunidad que afirman encarnar. Por otro lado, su carisma y proyección pública, sacralizada y misional, inherente al culto a su personalidad en vida.

Esos serían los que podemos denominar *lugares de dictador*. Espacios memoriales cuya gestión se ha transformado en una trabajosa *digestión* o una permanente *indigestión*, cuando no en un crisol de contradicciones, para las democracias que han sucedido a las dictaduras. Al tiempo, nos ofrecen un ángulo de observación distinto sobre las memorias de la Europa autoritaria y totalitaria. ¿Por qué los *lugares de dictador* son tan problemáticos de manejar en la gran mayoría de las sociedades posdictatoriales? En nuestra opinión, ello sería así por tres razones.

Primero, porque los objetos, lugares o edificios que pueden devenir en espacio memorial personalizado de un dictador son muy variados. Eso multiplica las posibilidades de que se conviertan en polo de atracción, culto y reunión de sus partidarios y nostálgicos. Segundo, por vincularse a la biografía del autócrata, también son a menudo entornos que pertenecen a la familia próxima o lejana del dictador. Eso dificulta la intervención directa de los Estados democráticos. Tercero, porque en esos entornos la figura del que desde la distancia es un tirano o déspota se transforma en una persona cualquiera, al alcance de todos. Salvo mausoleos y palacios, son a menudo casas, tumbas o entornos corrientes, donde un personaje que fue especial nació, vivió, fue a la escuela, jugó con sus amigos, falleció, o reposa para siempre. Donde lo excepcional se hace humano y accesible, y lo casi sagrado se torna próximo y tangible.

Dentro de esa variedad existen una serie de lugares de memoria vinculados de forma íntima a los dictadores que se repiten en la mayoría de los casos aquí analizados. Una tipología somera podría reducirlos a cinco categorías. Primero, la casa natal o paterna, o bien en la que transcurrió la infancia y/o adolescencia del que después se convertiría en supremo gobernante. Una casa con frecuencia remozada, y más de una vez reinventada

<sup>13</sup> Katherine Verdery, *The political life of dead bodies. Reburial and postsocialist changes*, Columbia University Press, Nueva York, 1999.

o reconstruida para la posteridad. Segundo, la tumba privada —o semipública— del dictador. El lugar de enterramiento también puede ser ficticio o escogido al azar en los casos en que no existe certeza de dónde reposan los restos del autócrata. Así ocurrió con la sepultura de Jozef Tiso hasta 2007. Tercero, las residencias, recintos o espacios donde el dictador desarrolló buena parte de su vida, ligados en general a su actividad política y pública. Cuarto, mausoleos construidos o diseñados por el dictador para la posteridad (casos, en especial, de Tito y Franco), o que fueron edificados después de su muerte por sus sucesores, familiares o admiradores, como la *pirámide* de Enver Hoxha en Tirana (1988), hoy simplemente rebautizada como la *pirámide de Tirana*, aunque en ocasiones también revistieron formalmente el carácter de cripta privada, como la familia Mussolini (Predappio). Quinto, imágenes o lugares de culto integrados en templos religiosos, y que fueron convertidos tras la muerte del autócrata en un espacio dotado de un significado especial.

Por su naturaleza variada y variable, los lugares de dictador son muy maleables como objetos de remembranza pública. Todos ellos son susceptibles de convertirse en puntos de reunión de nostálgicos, así como de devenir en emblemas de los defensores del legado político de los dictadores. Puede tratarse, simplemente, de turistas atraídos por la morbosidad y estética de las dictaduras, cuyas visitas constituyen en una fuente de ingresos tentadora. Un turismo a menudo etiquetado con el epíteto de *negro*, pero en el que también se cuentan muchos aficionados a la Historia, con bagaje académico o no.<sup>14</sup>

Todo ello haría aún más compleja la gestión pública de esos emplazamientos. Una casa-museo dedicada a un dictador en su localidad natal puede convertirse en un lugar de memoria para nostálgicos de la dictadura si las autoridades no acometen una resignificación del espacio; aun si lo hacen, existe el riesgo de que los nostálgicos, mezclados con turistas, curiosos y excursiones escolares, interpreten el lugar a su manera y hagan su presencia dominante. Pero incluso si ese espacio memorial no existe como tal, como ocurrió en las dos Alemanias y en Austria tras 1945, pueden surgir espacios de culto o de remembranza alternativos, cuya vinculación con la memoria del autócrata es más indirecta o, simplemente, imaginada. Fue el caso hasta 2012 de la tumba de los progenitores de Adolf Hitler, situada en la localidad de Leonding, contigua a la ciudad de Linz (Austria).

En definitiva, los lugares de memoria son categorías espaciales construidas, fruto de la interpretación y atribución de significado por parte de los seguidores de los dictadores, que no se sujetan en general a fases o tendencias definidas, sino a las circunstancias específicas de cada país y de la biografía o vicisitudes de la muerte de cada autócrata objeto de recuerdo. Y a la hora de gestionar esos espacios, los Estados democráticos acostumbran a intervenir con vacilaciones, y a remolque de los acontecimientos. Las instituciones y agentes locales desempeñan a menudo un papel impulsor de la adopción de políticas de la memoria que resignifiquen los lugares asociados a los coterráneos “ilustres”. Con todo, sus

<sup>14</sup> Richard Sharpley, “Travels to the edge of darkness: towards a typology of ‘dark tourism’”, en Chris Ryan, Stephen Page y Michelle Aicken (eds.), *Taking Tourism to the Limits*, Elsevier, Amsterdam, 2005, pp. 187-198, así como John J. Lennon y Malcolm Foley, *Dark Tourism: The Attraction of Death and Disaster*, Continuum, Londres, 2000, y John J. Lennon, “Dark Tourism”, en *Oxford Research Encyclopedia of Criminology and Criminal Justice*, Oxford University Press, Oxford, 2018, disponible en <https://doi.org/10.1093/acrefore/9780190264079.013.212>.

perspectivas e intereses, en los que también interviene el deseo de generar recursos gracias al turismo y las visitas escolares, o bien “lavar el nombre” de una localidad a ojos de la opinión pública global, no siempre coinciden en el medio y largo plazo con las finalidades cívicas y educativas de las instituciones estatales, orientadas por criterios normativos.

### 3. ¿QUÉ HACER CON LOS LUGARES DE DICTADOR?

¿Qué soluciones se han ofrecido a la gestión pública de los *lugares de dictador* en Europa? Podemos identificar seis características o problemáticas de índole general.

1) Los dictadores son los mayores perpetradores de sus regímenes. Todos ellos tomaron decisiones criminales y ejercieron la responsabilidad máxima de las violaciones de los derechos humanos perpetradas durante su mandato. El destino de los lugares vinculados al *cuerpo del verdugo*, constituye siempre una cuestión política y éticamente controvertida, que se aborda con retraso con respecto a los espacios memoriales vinculados a las víctimas. Existe un relativo consenso acerca de quiénes son las víctimas, categoría que ha experimentado una considerable ampliación y diversificación conceptual desde la década de 1960. Empero, es más complejo delimitar quiénes son los victimarios en diversos grados. El cuerpo del dictador y los lugares en que vio la luz y murió, o donde residió, están imbuidos de su responsabilidad, pero igualmente de cierta aura de sacralidad. La culpa permanece, y su peso se transfiere al entorno; pero también lo hacen la fascinación y el carisma, que pueden ensombrecer su responsabilidad.<sup>15</sup>

2) La gestión de los espacios físicos asociados de forma muy personal a la biografía de los autócratas presenta rasgos particulares. Se trata de entornos y de edificios cargados de fuerza simbólica y evocativa, que pueden contribuir de forma indirecta a reforzar el aura pasada de los dictadores, lo que sería peligroso en ideologías que se fundamentaban en el culto al líder. Al mismo tiempo, es casi inevitable que en esos entornos la figura del autócrata de otrora se humanice. Los restos del dictador, por muy tiránico que fuese en vida, despiertan respeto y compasión cuando se trasladan a una urna o un sepulcro; su casa natal, sus objetos personales y su entorno íntimo contribuyen de manera implícita a retratarlo como una persona corriente.

3) La discusión acerca de la resignificación de los *lugares de dictador* acostumbra a centrarse no tanto en el discurso de la memoria y los proyectos concretos que se propongan (museos, centros de interpretación, itinerarios temáticos y “museos virtuales”, usos benéficos, etcétera), sino en el dónde, en el entorno físico en el que se deberían ubicar para evitar que la simple evocación de una dictadura derive de modo inevitable en una asociación entre el culto al autócrata y *su* espacio de memoria. Los Estados democráticos siempre temen el posible surgimiento de centros de peregrinación o culto a los dictadores. Pero los habitantes de las localidades marcadas por ser cuna de un pasado incómodo no siempre comparten posturas unánimes, como así ocurrió

<sup>15</sup> Thomas Großbölting y Rüdiger Schmidt (eds.), *Der Tod des Diktators. Ereignis und Erinnerung im 20. Jahrhundert*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen, 2011, así como Sevane Garibian (dir.), *La muerte del verdugo. Reflexiones interdisciplinarias sobre el cadáver de los criminales de masas*, Miño y Dávila, Buenos Aires, 2016.

desde principios del siglo XXI tanto en el lugar natal de Hitler, Braunau am Inn, como en Predappio, cuna de Mussolini, o en Vimieiro (Santa Comba Dão), lugar de origen de Oliveira Salazar. Como regla general, frente a quienes quieren borrar toda asociación con ese pasado, otros ven en sus *hijos ilustres*, aunque malditos, una oportunidad para generar recursos turísticos y posicionarse en el panorama global; y otros más consideran un deber cívico y democrático la resemantización de esos lugares.

4) Puede ocurrir que los *lugares de dictador*, en particular sus tumbas o mausoleos, ya fuesen creados durante el período de gobierno del autócrata, y su régimen muriese con él; o bien, que esos lugares fuesen erigidos después de su óbito a iniciativa de sus sucesores. En el segundo caso, la gestión acostumbra a ser más sencilla (Stalin, Hoxha), pues el destino del lugar de dictador adquiere una relevancia menor dentro de la continuidad de su régimen. Hay excepciones, como la dinastía familiar de Corea del Norte; pero también los padres fundadores de la independencia patria, los restauradores de la soberanía perdida o creadores de un régimen, cuya memoria acostumbra a ser compartida y no disputada por las generaciones posteriores, y que a menudo ni siquiera son vistos como autócratas, sino que están rodeados por un aura de ambivalencia.

5) Después del final del régimen dictatorial acostumbra a sucederle una primera fase de olvido, silencio o tolerancia incómoda. Décadas después sobreviene una segunda etapa, en la que se abre un debate en la opinión pública acerca de la gestión y usos de los lugares de dictador. En una tercera fase se plantea, casi siempre por parte de las autoridades locales y/o regionales, la posibilidad de llevar a cabo una explotación pragmática de esos mismos espacios, con la mirada puesta en el turismo y la captación de recursos para áreas periféricas o deprimidas. Esa estrategia requiere de una resignificación del lugar de memoria, así como por su contextualización, tareas previas a su conversión en un entorno público para ser visitado por la ciudadanía en general.

6) La significación otorgada a los lugares de dictador tiene mucho que ver con las circunstancias de la muerte de quienes nacieron o reposan en ellos. Dictadores hubo que fallecieron en el poder y por causas naturales, de Salazar a Hoxha. No rindieron cuentas de sus crímenes, y su deceso los humanizó ante muchos de sus gobernados; pero no constituyó una reparación para sus víctimas, convirtiéndose en una asignatura pendiente para las democracias sucesoras. Otros autócratas comparecieron ante un tribunal con mayores o menores garantías, fueron condenados y ejecutados, como Tiso o Ceaușescu. El ahora tirano fue condenado, pero no por ello fue desmitificado a ojos de muchos de sus seguidores. Un tercer grupo fue ejecutado de manera sumaria, como Mussolini, y sus cuerpos fueron expuestos para deshonrarlos. Una solución que no desmitifica, y suele encrespar a los partidarios del dictador, ahondando a medio plazo las divisiones en la opinión pública.

#### 4. NECROPOLÍTICA DE LOS DICTADORES: BENITO MUSSOLINI, ENGELBERT DOLLFUSS, JOZEF TISO

La tumba o el lugar de fallecimiento del dictador se convierte a menudo en lugar cuasi-sacralizado. Y sobre todo si la muerte del autócrata fue violenta. Se pueden señalar varios casos europeos que merecerían ser destacados. Abordaremos aquí de manera breve tres de ellos: el de Mussolini, el austríaco Engelbert Dollfuß, y el prelado eslovaco Jozef Tiso.

El caso de Benito Mussolini es sin duda el más paradigmático, así como el mejor estudiado. El *duce* y su amante Clara Pettacci fueron ejecutados de forma sumaria en Giulino di Mezzegra (Dongo), a manos de dos comandantes partisanos. Se trataba en teoría de la ejecución sumaria de una sentencia dictada por el Comité Nacional de Liberación de la Alta Italia, el 28 de abril de 1945. No hubo juicio, y el móvil fundamental de la precipitada ejecución era evitar que Mussolini pudiese cruzar a la vecina Suiza, o entregarse a los Aliados. Al día siguiente los partisanos expusieron los cadáveres del difunto *duce* y su amante, junto a los de varios colaboradores y jefes fascistas, al escarnio público en la plaza Loreto de Milán, lugar donde también se habían exhibido los restos de varios partisanos antifascistas, fusilados meses antes. Los cuerpos de Mussolini, su amante y sus colaboradores fueron vejados por la multitud, antes de ser colgados boca abajo de la viga de una gasolinera. El acto tuvo mucho de venganza simbólica, de exorcismo colectivo, pero también generó una fuerte repulsa a posteriori entre varios dirigentes antifascistas, pues en su opinión la nueva república no podía comenzar, como escribió el dirigente del *Partito d'Azione* Ferruccio Parri, con una *macelleria messicana* (carnicería mexicana), una exaltación de pasiones vengativas que daba una imagen de fronda populachera.<sup>16</sup>

Tras la vejación pública, el cadáver de Mussolini fue enterrado de forma semianónima en un cementerio milanés, tras la autopsia. Eso causó horror entre los partidarios del depuesto *Duce*, pero también vergüenza entre muchos antifascistas. Un año después, en la noche del 23 al 24 de abril de 1946, que coincidía con la simbólica fecha del Domingo de Resurrección, un comando de ardorosos activistas afiliados al minúsculo Partido Fascista Democrático [sic] secuestró los restos mortales de Mussolini. Su objetivo era presionar en el referéndum que tendría lugar dos meses después sobre la forma de gobierno —república o monarquía— que tendría lugar en pocos días, y hacer oír la voz de una supuesta “mayoría silenciosa” que deseaba que los restos y el recuerdo del *Duce* tuviesen un tratamiento honorable. La felliniana peripecia concluyó pronto, y el comando y el cadáver fueron descubiertos; con todo, las pesquisas pusieron en evidencia la complicidad de algunos sectores de la Iglesia católica con los nostálgicos del fascismo en los inicios de la Guerra Fría.<sup>17</sup>

El Gobierno italiano decidió entonces esconder el cadáver en el convento de Cerro Maggiore, cerca de Milán. Su paradero se mantuvo en secreto, también para la familia Mussolini. Allí permanecieron los restos del difunto *Duce*, con consentimiento del abad de monasterio, hasta 1957, cuando el Gobierno demócratacristiano decidió trasladar los despojos a la cripta familiar de Mussolini, situada en el cementerio en la localidad natal del líder fascista, Predappio, pequeña ciudad ubicada en la actual provincia de Forlì-Cesena. Se trataba de una operación con un claro significado político: en un contexto de rampante anticomunismo, el ejecutivo presidido por el democristiano

<sup>16</sup> Para una reconstrucción detallada de los últimos días de Mussolini, Pierre Milza, *Les derniers jours de Mussolini*, Fayard, París, 2010. En Dongo existe hoy un museo dedicado al período final de la guerra, donde también se alude las últimas horas del dictador. Ver <http://www.museofineguerradongo.it>.

<sup>17</sup> Sergio Luzzato, *El cuerpo del Duce: un ensayo sobre el desenlace del fascismo*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 2020 [1998].

Adone Zoli pretendía así asegurarse el voto de los diputados neofascistas para asentar su mayoría parlamentaria. Se esperaba ingenuamente que, una vez enterrado definitivamente Mussolini y dignificada su sepultura, su culto y su nostalgia desaparecerían de forma progresiva.

A pesar de los optimistas pronósticos del propio alcalde comunista de Predappio, sucedió todo lo contrario. A partir de 1957 se sucedieron de modo regular las peregrinaciones neofascistas a Predappio tres veces por año, coincidiendo con fechas señaladas: aniversarios del cumpleaños del *duce*, de la Marcha sobre Roma de 1922, y de su ajusticiamiento. Por lo general, eran acompañadas de manifestaciones reivindicativas del legado del *Duce*, así como de contramanifestaciones protagonizadas por organizaciones antifascistas, en primer lugar la Asociación Nacional Partisanos de Italia (ANPI). Hasta 2020, la ciudad se llenaba de nostálgicos en camisa negra, entonando canciones fascistas, que desfilaban hasta la cripta familiar de Mussolini en el cementerio de San Cassiano. El cuerpo del *Duce* ha experimentado así una segunda vida política hasta el día de hoy, cuando todavía colea en la opinión pública italiana el debate, iniciado por un carismático alcalde poscomunista en 2009, acerca de la posible creación en la localidad natal de un museo sobre el fascismo.<sup>18</sup>



Fig. 1. Militante neofascista en la cripta de Mussolini, Predappio, 2012 (© Flavio Blaco).

<sup>18</sup> Sofia Serenelli, “‘It was like something that you have at home which becomes so familiar that you don't even pay attention to it’: memories of Mussolini and Fascism in Predappio, 1922-2010”, *Modern Italy*, 18: 2 (2013), pp. 157-175.

Un segundo caso, menos conocido que el de Mussolini, sería el del canciller austríaco Engelbert Dollfuß, quien en la memoria de muchos de sus compatriotas permanecía como la encarnación de un “dictador bueno”, que se contraponía de modo conveniente a la del dictador sanguinario y traidor a su patria de nacimiento, Adolf Hitler. Dollfuß, un político socialcristiano vinculado a los intereses de los agricultores, instauró como canciller de la República Austríaca entre 1932 y 1934 un Estado autocrático y corporativo, materializado a través de la suspensión indefinida de derechos constitucionales con la excusa de contrarrestar la agitación obrera. Para muchos sería un modelo peculiar de fascismo, el *socialfascismo*; para otros una simple interrupción temporal de garantías constitucionales en aras de la supervivencia de la república. Lo cierto fue que el culto a la personalidad del canciller fue un ingrediente sustancial de su acción de gobierno, que pretendía además erigirse en una alternativa propia al pangermanismo nazi, cuyos planteamientos rechazaba de plano. No obstante, en julio de 1934 el canciller falleció a manos de un comando de fanáticos nazis que tomó la sede del palacio presidencial, en un intento de golpe de Estado que fue orquestado desde Berlín. Tras disparar al canciller, los asaltantes le negaron auxilio, y murió desangrado tras agonizar en un diván.

El golpe fracasó, pero Engelbert Dollfuß pasó a la posteridad como una suerte de cánciller mártir, cuya vida había sido un ejemplo de fidelidad al país. Su sucesor, Schuschnigg, puso en práctica en los años sucesivos, hasta la anexión forzada a la Alemania de Hitler en marzo de 1938, un intenso culto a la figura de Dollfuß, revestido además de tonos religiosos. Su objetivo era además fomentar el consenso social, legitimar el modelo de Estado autoritario y corporativo, y distanciarse lo más posible del modelo del III Reich. La efigie de Dollfuß fue representada en algunos frescos religiosos, sus restos venerados en la cripta de la iglesia vienesa de Cristo Rey o “del recuerdo Dollfuß-Seipel”, junto a los restos de su predecesor también socialcristiano en la cancillería, Ignaz Seipel. Y a iniciativa del sucedáneo de partido único creado por Dollfuß, el Frente Patriótico (*Heimatfront*), que promovió suscripción popular, en 1935 se inauguró en el parque natural de Hohe Wand una iglesia-mausoleo consagrada a la figura del canciller asesinado el año anterior, con una inscripción votiva que resaltaba el carácter abnegado y de sacrificio que había caracterizado su trayecto vital, en nombre de la patria: “Su vida era el trabajo/su destino la lucha/su deseo la paz/ así murió por Austria”.<sup>19</sup>

Después del *Anschluss*, los nazis reinhumaron los restos mortales del canciller Dollfuß en el cementerio central de Viena, y promovieron a sus propios mártires. Sin embargo, el *martirio* de Dollfuß pasó a significar para los austríacos antinazis —en su mayoría, sus antiguos partidarios conservadores y católicos, que a menudo conservaron su retrato en un lugar destacado de sus domicilios— el martirio de toda Austria como nación bajo la bota del III Reich. Por el contrario, el canciller Schuschnigg, quien sufrió un auténtico *via crucis* de maltrato, humillaciones e internamiento por parte de los nazis hasta su liberación por los Aliados en 1945, no dejó una huella profunda en la memoria nacional austríaca. Schuschnigg, incluso, fue visto como un traidor o un gobernante débil e incapaz de oponerse a los nazis.

<sup>19</sup> Lucile Dreidemy, *Der Dollfuß-Mythos: Eine Biographie des Posthumen*, Böhlau, Wien / Köln / Weimar, 2014.



Fig. 2. Bajorrelieve de la Iglesia de Cristo Rey, Viena, que representa a Dollfuss orante (© Guillermo Márquez).

Una vez restaurada la soberanía de la República de Austria en 1955, Dollfuß se convirtió en una figura polémica en la esfera pública del país. Su recuerdo era venerado por los socialcristianos y conservadores, y silenciado o cuestionado por los socialdemócratas, que tendían a ver al canciller *mártir* como un brutal represor de la revuelta obrera de febrero de 1934. Sin embargo, hasta la década de 1980 reinó un cierto silencio público acerca de su remembranza. La iglesia de Hohe Wand fue reconstruida y abierta de nuevo al culto en 1979, aunque ya antes fue sede de actos conmemorativos,

promovidos por las organizaciones agrarias del partido democristiano (ÖVP). Hasta el año 2006, un pequeño altar en la sede vienesa de la cancillería federal recordaba a Dollfuß, y ante él se celebraban pequeños homenajes. El Gobierno austríaco sólo dejó de asistir a las misas anuales en memoria del canciller *mártir* en 2010.<sup>20</sup>

Entrado el siglo XXI, mientras que la derecha democristiana continúa venerando a Dollfuß como un antecedente y precursor de su legado político, la izquierda ha pasado a asumir la interpretación del canciller austrofascista como un represor y un autócrata. No obstante, el pequeño museo dedicado a Dollfuß en su localidad natal, Texing, todavía presenta su figura con tonos encomiásticos y algunos ribetes casi devocionales. Por el contrario, su sepultura en el cementerio vienes de Hietzing, señalizada como “tumba histórica” desde 2012 aunque sin reconocimiento honorífico —fue retirado por las protestas ecologistas—, apenas es sede de modestos homenajes por parte de algunas organizaciones sectoriales del ÖVP.

Un tercer ejemplo es el de Jozef Tiso en Eslovaquia. Era un prelado católico, conservador y nacionalista, que tras la muerte del carismático líder Andrej Hlinka en 1938 asumió la jefatura del profascista Partido del Pueblo Eslovaco (*Slovenská národná strana*, SNS). En marzo de 1939, y de forma inesperada, Tiso se convirtió en el primer mandatario del Estado títere de Eslovaquia, creado bajo la tutela del III Reich después de la partición definitiva de lo que quedaba de la República de Checoslovaquia. El prelado Tiso instauró entonces una dictadura autoritaria y corporativa, basada en un culto a la personalidad construido desde arriba y con tonos místicos, a pesar del escaso carisma visual del personaje, un clérigo más bien rollizo y no especialmente dotado para la oratoria.

El Estado de Eslovaquia se alineó en la guerra mundial con el III Reich, en particular en la contienda contra la URSS, y sufrió la misma suerte que su aliado. Tiso se vio obligado a huir ante el avance soviético y la sublevación de los partisanos procomunistas en agosto de 1944. Se refugió entonces en Baviera, protegido por el controvertido cardenal de Múnich. Permaneció varios meses recluido en una celda de un monasterio en la localidad de Altötting, hasta que los ocupantes norteamericanos le entregaron al repuesto Gobierno checoslovaco. Algunos meses después, en diciembre de 1946, fue procesado por alta traición, a pesar de las protestas de amplios sectores de la población eslovaca, que veían en ello un abuso de la mayoría checa del país. Tras ser condenado a muerte, Tiso fue ahorcado en abril de 1947. Sin embargo, el Gobierno de Praga resolvió sepultarlo en secreto, y evitó dar información sobre el paradero de sus restos. Varios de los seguidores del difunto prelado identificaron poco después una tumba en el cementerio de San Martín (Bratislava) como la de Tiso. Desde entonces, y durante todo el período comunista, esa sepultura fue objeto de algunos homenajes clandestinos en fechas señaladas.<sup>21</sup>

De forma paralela, en la diáspora emigrante en Canadá, Alemania y los Estados Unidos, así como entre los círculos de exiliados nacionalistas y profascistas eslovacos, la figura de Tiso se rodeó de un aura martirial. El prelado fue idealizado como el fundador del primer Estado eslovaco de la historia, al tiempo que se negaba la colabo-

<sup>20</sup> Oliver Rathkolb, *Fiktion «Opfer». Österreich und die langen Schatten des Nationalsozialismus und der Dollfuß-Diktatur*, Studien Verlag, Innsbruck / Wien / Bozen, 2017, pp. 95-103.

<sup>21</sup> James R. Felak, *After Hitler, before Stalin: Catholics, Communists, and Democrats in Slovakia, 1945-1948*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh, 2009, pp. 86-124.

ración de su Gobierno títere con el exterminio de la población judía del país, e incluso se presentaba a Tiso como un protector de sus compatriotas hebreos. A partir de 1979 se celebraron, organizadas por la diáspora anticomunista, peregrinaciones anuales al monasterio bávaro de Altötting, donde una celda-museo recuerda su estancia.

La restauración de la independencia eslovaca a partir de enero de 1993 trajo consigo una recuperación parcial de la figura de Jozef Tiso como precursor de la independencia de Eslovaquia. La campaña de rehabilitación fue promovida en parte desde el Estado, pero fue también fomentada por diversas asociaciones nacionalistas y conservadoras. En 2007, tras varias polémicas, una asociación nacionalista llevó a cabo un análisis de ADN de sus supuestos restos. Contra todos los pronósticos, el resultado fue positivo. A continuación, los restos mortales de Tiso se dividieron en tres partes. Una fue depositada en la catedral católica de Nitra, donde sirvió. Otra fue dejada en su casa natal, en la localidad de Bytča. Y una tercera parte fue ubicada en un lugar secreto, custodiado por la diáspora eslovaca en Canadá.

En la esfera pública eslovaca desde la *restauración* de la independencia el recuerdo de Tiso suscita a menudo enconadas polémicas. Para unos es un patriota y un mártir, que defendió a su país en momentos difíciles; para otros, un mero dictador filonazi y profundamente antisemita, cuya memoria es mejor dejar a un lado a la hora de buscar precedentes históricos de la nación y la estatalidad eslovaca. Pero los más fieles no ceden en su fervor. En sustitución de las peregrinaciones a Altötting, que sólo concluyeron en 1997, los restos y el recuerdo de Tiso siguieron siendo objeto de conmemoraciones anuales, en las que se mezcla el componente nacionalista con el religioso. Con periodicidad anual tiene lugar en abril una procesión desde la localidad de Rajec hasta Bytča, a través de las montañas. En silencio y ayuno, los participantes oran por el alma de Jozef Tiso y por la expiación de los pecados de la nación. El ritual incluye saludos fascistas, al tiempo que se corean lemas dedicados a Cristo Rey. En la casa natal, reconvertida en un pequeño museo votivo, se celebra un oficio religioso. Y los más devotos entre los participantes reciben como recompensa el honor de besar las reliquias del difunto prelado.<sup>22</sup>

Hay más ejemplos y variantes de necropolítica asociada a los dictadores del siglo XX, que no vamos a abordar aquí con mayor detalle. Por un lado, el secuestro en febrero de 1973 de los restos del mariscal Philippe Pétain desde su tumba en la isla atlántica de Yeu, perpetrado por miembros de la *Association pour défendre la mémoire du maréchal Pétain* (ADMP), vinculados también a grupos como la clandestina OAS promovida por los antiguos colonos franceses en Argelia, y la derecha radical. Su objetivo, en vísperas de las elecciones presidenciales de aquel año, era que el mariscal fuese enterrado en el cementerio de guerra de Douaumont (Verdun), junto a los soldados que había comandado en la Gran Guerra. Se concluiría así una suerte de “reconciliación franco-francesa” que sellaría las heridas abiertas de la colaboración durante la ocupación nazi. Aunque Pétain falleció en 1951, a los noventa y siete años, en su confinamiento de Yeu, sus últimos años en la isla, rodeado de algunos

<sup>22</sup> Anton Hruboň, “Budovanie Kultu Jozefa Tisa”, *Kulturne dejiny*, 8: 2 (2017), pp. 213-239. James Mace Ward, *Priest, Politician, Collaborator. Jozef Tiso and the Making of Fascist Slovakia*, Cornell University Press, Ithaca / Londres, 2013, pp. 275-284. Algunas imágenes de las marchas celebradas entre 2014 y 2019 se pueden consultar en <http://jozefitso.sk/memorial>.

allegados y aquejado de demencia senil, fueron presentados por sus partidarios y nostálgicos como un martirio y una penitencia que expiaría sus posibles errores; su reposo lejos de sus soldados es contemplado como una suerte de purgatorio eterno. Sería una afrenta al héroe de Francia durante la guerra de 1914-1918, y no sabría comprender a un patriota que en el período de la ocupación nazi escogió colaborar con los alemanes para evitar males mayores: él habría sido el “escudo” que pararía los golpes del invasor, mientras que a Charles de Gaulle le habría incumbido el papel de “espada” al frente de la Resistencia.

El secuestro concluyó a los pocos días, tras algunas rocambolescas peripecias. Los restos de Pétain fueron reinhumados en la isla de Yeu con la mayor celeridad por parte del Gobierno francés. La tumba sólo constituye un imán para escasos nostálgicos y algunos turistas, una vez extinguida la generación de los excombatientes de la Gran Guerra que todavía en los años setenta se acercaban hasta la isla atlántica para rendir homenaje al mariscal de Francia.<sup>23</sup>

Se podrían citar asimismo las varias tribulaciones sufridas por los presidentes de Estonia, Konstantin Päts, y de Letonia, Kārlis Ulmanis, después de la anexión soviética de sus países en agosto de 1940. Ambos pasaron a la posteridad como mártires de la nación. Por el contrario, su homólogo lituano Anastasas Smetona se refugió en los Estados Unidos, donde fue acogido por la diáspora báltica en el país, y falleció al poco tiempo en un incendio fortuito, sin pena ni gloria. Smetona pasó a ser el “traidor” en la memoria del país cultivada de forma clandestina durante el período soviético; y su tumba, ubicada en un panteón compartido en la ciudad de Cleveland (Ohio), no es objeto de culto o de rememoraciones especiales. Los tres dirigentes bálticos eran, en diversos grados, presidentes autoritarios de derecha radical, con claras querencias dictatoriales e inspiraciones fascistas. Sin embargo, los dos primeros, Päts y Ulmanis, vieron en buena medida blanqueada su memoria gracias al hecho de morir durante su cautiverio a manos de los ocupantes soviéticos. Tras varios años de maltrato e internamiento, Päts falleció en un manicomio. Entre 1989 y 1990, al abrigo de la *perestroika* bajo el gobierno de Gorbachov, dos expediciones científicas estonias identificaron sus restos, enterrados de forma anónima en un cementerio anexo al sanatorio de Tver (Rusia), y los reinhumaron en el llamado Cementerio del Bosque de Tallin, donde son objeto de culto regular por parte de las autoridades del país y asociaciones diversas. Por su parte, Ulmanis fue deportado y falleció en 1942 en un campo de concentración situado en Turkmenistán. Aunque el lugar exacto de su tumba se desconoce hasta hoy, eso no fue óbice para que el recuerdo a su figura fuese objeto de veneración en el exilio letón de Europa y América. Desde 1991 el culto a su memoria se trasplantó a la Letonia independiente.<sup>24</sup>

<sup>23</sup> Verena Kümmel, *Vergangenheit begraben? Die gestohlenen Leichen Mussolinis und Pétains und der Kampf um die Erinnerung*, Böhlau, Wien / Köln / Weimar, 2018. Henry Rousso, *Le syndrome de Vichy. De 1944 à nos jours*, Seuil, París, 2016 [1987], pp. 61-62, 197-198. Jean-Yves Le Naour, *On a volé le Maréchal!*, Larousse, París, 2009, pp. 77-93. Jérôme Cotillon, *Ce qu'il reste de Vichy*, Armand Colin, París, 2003, pp. 221-235.

<sup>24</sup> Katia Wezel, *Geschichte als Politikum. Lettland und die Aufarbeitung nach der Diktatur*, Berliner Wissenschafts-Verlag, Berlín, 2016. Karsten Brüggemann, “Wir brauchen viele Geschichten”: Estland und

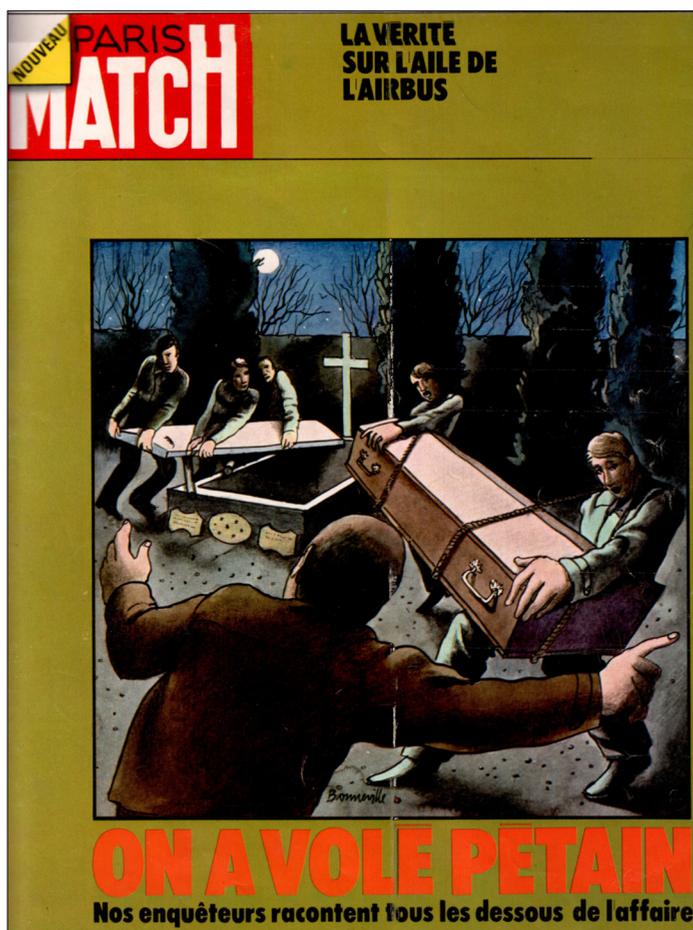


Fig. 3. Portada de la revista *Paris-Match*, 3 de marzo de 1973.

Finalmente, cabe recordar el caso del dictador Nicolae Ceaușescu y de su esposa Helena, quienes fueron derrocados y ajusticiados en el cuartel de Targoviste, situado al sur de Bucarest, el Día de Navidad de 1989. Sus tumbas no son objeto de especial devoción, aunque sí constituyen una modesta atracción turística; su casa natal en Scornicesti es objeto de veneración por los nostálgicos del comunismo, gracias a la iniciativa de un sobrino del dictador. No obstante, el lugar del juicio y ejecución sumaria del matrimonio Ceaușescu se ha tornado en un auténtico ejemplo de *disneylandización* de la memoria, en la que brilla por su ausencia cualquier narrativa crítica. Se busca sobre todo atraer turistas, no exaltar un supuesto martirio, ni siquiera la justicia o arbitrariedad del fusilamiento.

---

seine Geschichte auf dem Weg nach Europa”, en Helmut Altrichter y Elisabeth Müller-Luckner (eds.), *GegenErinnerung. Geschichte als politisches Argument im Transformationsprozeß Ost-, Ostmittel- und Südeuropas*, Oldenbourg, Munich, 2006, pp. 27-50.

## 5. CONCLUSIONES

Tras este recorrido por varios casos europeos, se pueden obtener tres lecciones en lo relativo al culto martirial de los dictadores y sus lugares de memoria específicos.

En primer lugar, no existe un patrón ni una vara de medir única en lo relativo a las características exigidas —dolor físico, exilio o deportación, ejecución violenta...— de una muerte para ser un martirio. El carácter martirial del óbito de un autócrata es siempre una construcción cultural, dependiente a su vez de marcos de significado concretos. Puede adquirir connotaciones religiosas, pero también laicas y nacionalistas: el dictador muere por la patria, aunque por una concepción definida de ella. Eso también nos conduce a un debate recurrente: ¿es la sacralización de la muerte por la patria una muestra de nacionalización de la religión, o bien tiene lugar una confesionalización de un culto patriótico asociado a la nación? Lo cierto es que las sacralizaciones son más usuales en aquellas dictaduras con fuerte componente religioso, o en países católicos, mientras que no acostumbran a producirse en el caso de dictadores/autócratas comunistas, como es el caso de Josip Broz *Tito*. Con todo, también en el caso del autócrata yugoslavo el culto a sus reliquias tiene mucho de religión secular.<sup>25</sup>

En segundo lugar, también en el caso de los dictadores se cumple el *dictum* de Dante en la Divina Comedia: *Un bel morir tutta una vita onora*. Una muerte violenta, injusta, sin juicio o garantías contribuye a humanizar a un dictador, a menudo más allá del círculo de sus partidarios más fervientes, como ocurre con los casos de Mussolini y Ceausescu. O, cuando menos, esa forma de deceso ayuda a hacer olvidar su faceta pasada de autócrata y a convertirlo en un patriota, sobre todo si el agente ejecutor es foráneo. Son los casos de los presidentes bálticos Ulmanis y Pāits, desaparecidos a manos de los ocupantes soviéticos, pero también de Jozef Tiso, ejecutado por el Gobierno de Praga, visto como un poder foráneo por sus seguidores. El perpetrador que es asesinado o ejecutado a menudo se convierte en víctima, categoría sumamente maleable en el siglo xx a la que de forma ocasional también se han acogido los defensores de la memoria de los autócratas, asumiendo así el paradigma de la memoria *post-heroica*.<sup>26</sup>

En tercer y último lugar, y como en el caso de otros lugares de dictador, pero también de muchas reliquias religiosas, la verdad no interesa tanto como la postverdad. No es tan importante que la tumba contenga los restos biológicos del autócrata, ni que el lugar de la ejecución sea exacto, o auténtico. Lo que es relevante, y cabe analizar, son las atribuciones de significado, la movilización de los actores, el espacio social de esos lugares de memoria, que a menudo son putativos, adscritos o adjudicados.

<sup>25</sup> Marie-Janine Calic, *Tito, der ewige Partisan*, Beck, Munich, 2020, pp. 380-382.

<sup>26</sup> Randall Hansen, Achim Saupe, Andreas Wirsching y Daqing Yang (eds.), *Authenticity and Victimhood after the Second World War. Narratives from Europe and East Asia*, University of Toronto Press, Toronto / Buffalo / Londres, 2021, así como Svenja Goltermann, *Victims. Perceptions of Harm in Modern European War and Violence*, Oxford University Press, Oxford, 2023, pp. 116-59.

## Los cuerpos del dictador y su memoria martirial en Europa, 1945-2024

### *The bodies of the dictator and their martyrdom memory: Europe, 1945-2024*

XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS  
Universidade de Santiago de Compostela

#### RESUMEN

El artículo explora de forma comparativa la evolución cambiante de los debates memorialísticos sobre aquellos lugares íntimamente vinculados con la muerte de los dictadores fascistas y para-fascistas. Desde la segunda década del siglo XXI, surgieron una serie de debates paralelos en varios países europeos sobre la gestión pública de los lugares de memoria directamente vinculados con las vidas íntimas de los dictadores. Las formas en que cada país ha abordado la gestión de los restos, los mausoleos y los lugares de nacimiento de los dictadores varían considerablemente. Sin embargo, existen dilemas comunes: ¿olvidar o resignificar? ¿Cómo evitar el riesgo de un culto póstumo a la personalidad? ¿Hasta qué punto la sombra del carisma del dictador perdura en esos lugares de memoria? Mediante el concepto de “lugares de dictador”, se intenta comprender explicar por qué es tan difícil abordar algunos lugares de memoria vinculados a los autócratas muertos, pues esos lugares contribuyen directa o indirectamente a humanizarlos, haciendo más aceptable su recuerdo para las generaciones presentes y futuras.

#### PALABRAS CLAVE

*Políticas de la memoria, dictadura, martirio, políticas de la muerte, turismo negro.*

#### ABSTRACT

*The article explores the changing evolution of memory debates on places intimately linked to the death of different fascist and para-fascist dictators from a comparative outlook. During the second decade of the twenty-first century, a number of parallel debates arose in several European countries regarding the public management by democratic regimes of those sites of memory that were directly linked to the personal biographies of their former dictators. The ways in which each country has dealt with the dead bodies, mausoleums and birthplaces of the dictators varied considerably. However, some common questions occurred: what is better, oblivion or re-signification? How to avoid a posthumous cult of personality in those sites? To which extent the dictator's charisma endures in those places? Using the concept of “sites of the dictators”, the article aims at exploring why it is so difficult to deal with some sites of memory linked to dead autocrats, as those places contribute directly or indirectly to humanizing them, making their remembrance more acceptable for the present and future generations.*

#### KEYWORDS

*Memory Politics, dictatorship, martyrdom, politics of death, dark tourism.*

### **XOSÉ M. NÚÑEZ SEIXAS**

Doctor en Historia Contemporánea en el Instituto Universitario Europeo de Florencia, y catedrático de la misma materia en la Universidade de Santiago de Compostela; entre 2012 y 2017 también lo fue en la Universidad Ludwig-Maximilian de Munich, y profesor visitante en el Colegio de Europa (Varsovia). Sus campos de investigación son la historia comparada y transnacional de los nacionalismos y las identidades territoriales en Europa, además de la historia social y cultural de la guerra, la historia del fascismo, y la memoria de la guerra y las dictaduras. Entre sus últimos libros destacan: (ed.) *The First World War and the Nationality Question in Europe* (Leiden/Boston 2020); *Sites of the Dictators. Memories of Authoritarian Europe, 1945-2020* (Londres, 2021); *The Spanish Blue Division on the Eastern Front, 1941-1945* (Toronto, 2022); *Volver a Stalingrado. El frente del este en la memoria europea, 1945-2021* (Barcelona, 2022) y *Beyond Folklore? The Franco Regime and Ethnoterritorial Diversity in Spain, 1930-1975* (Londres, 2024).

### **CÓMO CITAR ESTE ARTÍCULO**

Xosé M. Núñez Seixas, “Los cuerpos del dictador y su memoria martirial en Europa, 1945-2024”, *Historia Social*, núm. 110 (2024), pp. 87-107.

Xosé M. Núñez Seixas, “Los cuerpos del dictador y su memoria martirial en Europa, 1945-2024”, *Historia Social*, 110 (2024), pp. 87-107.